

Cuando cantan las culebras

Sandra Escames



En el cuerpo de quién (2023) dialoga con *Nadie está muerto mucho tiempo* (2019), primera novela de Sebastián Míguez Conde (Montevideo, 1979). El autor ya había publicado también por Criatura Editora una colección de cuentos titulada *La raíz de la furia* (2016), inicio de un proyecto narrativo que cristalizará en sus dos novelas. Ha incursionado, además, en el teatro como dramaturgo con *La loca de los jueves* (2019), protagonizada por un personaje incidental de su narrativa, y lo continúa haciendo con *El oro de los monos*, con puesta en escena reciente en Montevideo, obra en la que Adrián aparece vivo y es encarnado por el propio autor.

Gonzalo es ingeniero de sistemas y, por alguna misteriosa razón que conoceremos al final, busca obsesivamente a Adrián, confiando en encontrarlo vivo. Lo que vincula la novela anterior con esta —además del espacio (Montevideo-Buenos Aires) y de personajes que reaparecen (los que antes eran protagonistas, ahora ingresan y salen fugazmente del universo de la ficción)— es esa búsqueda. El mismo Adrián, que se viene rastreando con la ayuda del libro rojo de Mateo (*Nadie está muerto mucho tiempo* tiene tapa roja), ¿está muerto o vivo?

Actualmente este hombre de treinta y seis años se ha mudado al Abasto; allí conoce a la Mariposa de Buenos Aires (Nuncio), una travesti buena cuya presencia ilumina todo el horror que se vive en ese espacio-tiempo de la historia. Nuestro protagonista y narrador reconoce ser brillante; uno de los mejores de Latinoamérica en su profesión. Siendo económicamente solvente, no se ha emancipado de la tutoría de su madre en relación con su salud (no sabe para qué toma los medicamentos que hace años le han recetado). Ese desajuste entre su mente prodigiosa y la enfermedad enigmática nos pone en una actitud de alerta. Quien se dedica a encontrar errores de seguridad en los programas informáticos parece incapaz de manejar sus propias emociones: ni los recuerdos truculentos de la niñez, ni el constante cantar de las culebras dentro de su cabeza. Este *leitmotiv* siniestro va marcando los cambios de ritmo de la novela (en algún momento esto debería empezar a hacerle «ruido» también al lector).

Resulta inquietante enterarnos de que la búsqueda de Gonzalo empezó un año antes. Cuando ocurren los hechos de la anterior novela, Gonzalo estaba ahí como una presencia invisible (¿invisibilizado?, ¿o así se percibe él?): «Estuve todo el tiempo cerca [...] Compartí todo su último año de vida [...]. Él fue importantísimo para mí, pero yo no existía par él» (p. 26). No lo vimos los lectores porque el autor recién nos lo muestra ahora; dentro del mundo de la ficción tampoco repararon en él los otros personajes, tal vez ni él mismo se veía.

El relato a Julia Morris (confesado homenaje a Julia Ortiz, editora) sirve para ponernos en conocimiento de la historia anterior —si aún no la leímos—, o para refrescarnos la memoria en el caso de conocerla: «Antes de seguir, Julia, tengo que hablarte sobre la muerte de Adrián. Sobre todo, quiero contarte lo que pasó en ese tiempo» (p. 25). La variedad discursiva dinamiza el relato, evitando así la monotonía: el discurso directo de los personajes y el que está dirigido a Julia, los audios que manda Matías, el cuento publicado por Adrián en las redes, el posteo de Gonzalo, los informes finales.

Adrián Méndez Ferrás, alter ego del autor, es el personaje más importante y el que menos aparece en la obra de Míguez Conde. Atractivo y sensual, soberbio y despiadado, es capaz de generar amor y odio al mismo tiempo. Se presenta a los ojos del narrador casi como un fantasma, más de una vez; la primera en medio de

una manifestación política, fumando y con su gabardina color mostaza. Sentimos que cuanto más se habla de él, menos lo conocemos.

Gonzalo, por otra parte, no encubre ni descubre del todo quién es: lo cuenta en las redes, pero lo escamotea a los lectores y a los mismos personajes con los que interactúa, como hacemos habitualmente los seres humanos en estas épocas de virtualidades, contando a veces más detalles de nuestra vida de forma pública y evitando hacerlo en privado. Aquí conviene, sobre todo, como un recurso narrativo, que tiene la función de ocultar al lector hasta el final por qué este personaje busca con tanta intensidad a Adrián.

Otros personajes participan de la novela: Matías, el metalero musculoso, muy importante para esa pesquisa, haciendo la tríada con Gonzalo y con la Mariposa. Luego, Malena, la madre de Adrián, que da el toque de realismo mágico con sus barajas de adivinar y los fantasmas o entidades que han acompañado a su hijo siempre: Once, Trece y Cero Cinco. Sofía de la Piedad Ordóñez, homenaje —según declaraciones del propio autor— a Santa Sofía de la Piedad macondiana (otro guiño para decir que García Márquez ha estado ahí como una referencia magistral). También, como personajes secundarios, están los Martins, Denis y Liam, seres complejos y detestables vinculados a la bondadosa Sofía de la Piedad; desde otro lugar, y casi como una metáfora del libro o un gran indicio, Diego, el joven estudiante de medicina que vive enfrente y es espiado por Gonzalo y la Mariposa mientras manipula un esqueleto tratando de armarlo con órganos de plastilina.

La estructura de la novela es de una férrea arquitectura. Como relato policial, de suspenso y horror, los indicios se siembran desde el principio, de modo que las claves para comprender el final están ahí, al modo quiroguiano, encriptadas en las tres primeras páginas. Del recuerdo de los seis años —un comienzo que *shockea* como pocos— se salta a treinta años después. La expectativa va de la mano de las reticencias o frases ambiguas que el narrador no puede decodificar. A veces cree, imagina, sospecha; en ocasiones ve cosas que otros no ven. La ordenación de los capítulos es descendiente: desde el 22 hacia atrás; así, las memorias del pasado y de la infancia revelarán el sentido de la búsqueda de este narrador.

Desde los inicios de la obra del autor hay una constante conceptual que ha crecido en intensidad: lo monstruoso coquetea con la normalidad. Siguiendo una estética de lo ominoso, el mal se presenta como una inclinación natural, materializado en su primera novela por un «hongo» que crece y acecha. Abundan las descripciones hiperrealistas, las escenas truculentas; todo el *gore* de la fragmentación y el dolor de los cuerpos, del sexo como un refugio para tanto dolor y, a veces, del mismo amor que abraza para enmudecer a las culebras: «[...] Pocas veces me abrazaron tan de verdad. Ese abrazo hizo callar a las culebras por unos segundos. Silencio absoluto» (p. 214).

Sebastián Míguez Conde. (2023). *En el cuerpo de quién*. Montevideo: Criatura Editora. 229 páginas.